

100 millones de Kalashnikovs: poder generizado a escala mundial

Raewyn Connell¹

Traducción de Claudia Vidal Ortiz, Ángel Cuevas García y Jacqueline Buswell

Resumen

Es necesario entender el poder de género a escala mundial. Para ello, las investigaciones sobre género y globalización, así como el pensamiento actual sobre la colonialidad y la teoría del Sur constituyen algunos puntos de partida. Sin embargo, aún queda pendiente realizar un mapeo sobre las relaciones de género en los centros del poder global.

Cuatro grupos masculinizados particularmente importantes en las relaciones globales de poder están constituidos por los gerentes de las empresas transnacionales, los oligarcas (poseedores de la extrema riqueza), los dictadores de estados autoritarios y las élites estatales de las grandes metrópolis a nivel mundial.

Algunas investigaciones ya existentes sobre las relaciones de género en estos ámbitos muestran una diversidad de patrones de masculinidad, inmersos en la globalización neoliberal. A escala mundial, las relaciones de género se ven afectadas tanto por los movimientos del poder metropolitano, que se desplaza hacia territorios en el extranjero, como por los conflictos entre los grandes patriarcados a nivel global y a las nuevas formas de resistencia y turbulencia social que surgen desde el neoliberalismo triunfante.

Palabras clave

Patriarcado, masculinidades, globalización, poder, corporaciones, estado.

¹ Profesora Emérita de la Universidad de Sidney y miembro vitalicio de la Unión Nacional de Educación

Introducción

Normalmente en el lenguaje cotidiano se habla de género en pequeña escala, por ejemplo: de relaciones íntimas, identidades personales, esposos y esposas, madres e hijas. No obstante, la experiencia nos obliga a pensar de manera más amplia. Los múltiples femicidios en Ciudad Juárez no tienen mucho sentido si solamente pensamos en las relaciones íntimas. Aunque no menos terroríficos, estos actos se vuelven más significativos cuando ampliamos el panorama e incluimos a las comunidades inseguras y con escasos recursos de la frontera norte, la economía neoliberal de las maquilas, la violencia local que resulta del tráfico de drogas, la complicidad del Estado y un contexto más amplio, como el de la violencia y la militarización de las regiones y los continentes envueltos en estos sucesos (Cruz 2013).

Al abordar estas cuestiones, es necesario pensar en el género dentro de un marco que no sólo incluya las relaciones interpersonales o las culturas locales sino que trascienda el simple ámbito nacional, a partir del cual se realiza la mayoría de las estadísticas sobre la inequidad de género y se formula la mayoría de políticas de equidad de género. El feminismo ambiental ya ha dado el paso. Hay que pensar de manera sistemática a escala mundial.

Pensando en el género a nivel global

Se cuenta ya con valiosas investigaciones y bibliografía sobre “género y globalización” y sobre “género y neoliberalismo” (por ejemplo, Naples y Desai 2002, Bose y Kim 2009). No obstante, tanto en estos debates como en el discurso del feminismo liberal internacional que se encuentra en los documentos de ONU Mujeres, existe una fuerte tendencia a considerar la globalización o el neoliberalismo y el género o patriarcado como cuestiones separadas.

Para la teoría feminista, se trata de un problema viejo. Clásicos como *A mulher na sociedade de classes*, de Heleieth Saffioti (1969), han propuesto un poderoso análisis de la interacción entre la clase y el género desde la época colonial. No obstante, presuponen un sistema capitalista de clases que, lógicamente, era anterior a los efectos del género. Las feministas en los Estados Unidos formularon la teoría del sistema dual, que se basa en lo que Zillah Eisenstein (1979: 5) llamó “la relación dialéctica de refuerzo mutuo entre la estructura de la clase capitalista y la estructuración jerárquica sexual” o, más claramente, la “interdependencia del capitalismo y el patriarcado”.

La idea de una relación dialéctica ha sido abandonada por el reciente entusiasmo de la “interseccionalidad”. Género, raza, clase, nacionalidad, etc., son *formas separadas* para categorizar a las personas, que no tienen una interconexión lógica.

Simplemente se “cruzan” o se clasifican en forma cruzada entre sí. Esta clasificación cruzada aumenta la desventaja para algunas personas y , aumenta el privilegio para otras. (El propósito original del concepto de interseccionalidad fue el de obtener una rectificación en los casos de los tribunales de Estados Unidos.)

Ciertamente, para pensar en la dimensión global del género tenemos que pensar en el orden mundial capitalista y tratar de entender los conceptos de raza, clase y nación, pero no necesitamos limitarnos a una teoría tan débil. Un enfoque más amplio consideraría que el género en sí es global y que el capitalismo neoliberal y sus configuraciones de clase y raza se organizan *a través* del género, a la vez que interactúan con las relaciones de género.

El conocimiento poscolonial

Uno de los problemas fundamentales para comprender el género y el poder a escala mundial es que la teoría de género proviene principalmente de una sola –la más poderosa– región del mundo. Aun cuando la discusión sea sobre el femicidio en México, la sexualidad en la India o los derechos humanos en África, quienes deliberan suelen estar inmersos en el universo conceptual de Marx, Foucault, de Beauvoir y Butler. La suma del pensamiento feminista que circula a nivel mundial sobre la globalización se basa en la teoría y la metodología que provienen del Norte global; en última instancia, en la experiencia social de la *metropole* (como lo llamaron los franceses, en contraste con la Colonia), el antiguo centro imperial, que sigue dominando en la economía mundial.

Existe la suposición generalizada, aunque normalmente no se manifieste, de que el Sur global no teoriza –o al menos, no produce teorías que se puedan aplicar ampliamente–. Posiblemente, pensadoras como Nawal el Saadawi en Egipto, o Heleieth Saffioti en Brasil sean respetadas como activistas o como fuentes de datos locales, pero no son consideradas como fuentes de ideas generalizables.

En este sentido, el pensamiento feminista sigue el patrón habitual de las ciencias sociales y las humanidades; de hecho, el de todos los campos del conocimiento organizado. Según el filósofo beninés Paulin Hountondji (1997), quien ha identificado una división global del trabajo y un patrón de intercambio de conocimientos, el mundo colonizado ha servido históricamente como una rica fuente de *datos* que se exportaron a la metrópoli, mientras que la metrópoli se convirtió en el sitio del *momento teórico* en la producción de conocimiento. Esta economía global del conocimiento sigue vigente en el mundo post-colonial, dando forma, a nivel profesional y laboral, a las carreras de los trabajadores intelectuales de la periferia.

En las últimas décadas ha habido un creciente cuestionamiento de la dominación del Norte global en el pensamiento feminista (Bulbeck, 1998; Connell 2014). No es mi intención explorar en este artículo cuestiones sobre el conocimiento, pero es relevante tomar en cuenta lo que están subrayando los escritores poscoloniales y del Sur global en temas de género. Amina Mama (1997: 48) muestra mediante un poderoso argumento que para entender la violencia contra las mujeres en el África poscolonial debemos entender la violencia del colonialismo. Ashis Nandy (1983), en un brillante estudio de la masculinidad en el colonialismo, mostró cómo la violencia del colonialismo dio forma a la construcción de la masculinidad no sólo entre los colonizados sino también entre los colonizadores. Más recientemente, Diego Santos Viera de Jesús (2011) ha brindado una extraordinaria interpretación general sobre los patrones cambiables de la masculinidad, producidos por el imperio y el capitalismo global cambiante.

Escritoras indígenas como Aileen Moreton-Robinson (2000) en Australia y, pensando en América Latina, escritoras del pensamiento decolonial, como María Lugones (2007), hacen hincapié en lo formativo, no sólo en la intersección del papel de la división racial de las relaciones de género en las sociedades coloniales y postcoloniales. La gran Bina Agarwal (1994), economista feminista en la India, reitera la importancia de la propiedad de la tierra para la situación de la mujer en la sociedad agrícola. En muchas regiones, los movimientos indígenas vinculan el género con el despojo y el derecho a la tierra. El proceso de despojo es central para entender la colonización en sí, una condición esencial para la formación de las fuerzas de trabajo basadas en género de las sociedades coloniales –en los hogares, las plantaciones y las minas–. La cartografía de este proceso fue descrita por pensadoras como Saffioti.

Por ende, las feministas poscoloniales, decoloniales y del Sur han tenido una participación importante en la comprensión colectiva sobre género y su política. Esto ha provocado cambios que han repercutido tanto en el Norte como en la periferia global (Mohanty 2003, Harding 2008). Lo que este movimiento todavía no ha logrado es desarrollar un entendimiento de las nuevas formas globales de poder de género, tarea importante para la estrategia feminista en todo el mundo.

Siendo que estas formas están estrechamente relacionadas con las sociedades del Norte global (más adelante hablaré de cómo se están llevando a otras áreas), es necesario utilizar las investigaciones del Norte para esclarecerlas. No por el hecho de que la investigación de género del Norte nos dé un entendimiento universal de género, como supone lo que se conoce como la economía del conocimiento dominante.

Más bien, hay que utilizarla precisamente por su especificidad, su capacidad para documentar las formas que toman las relaciones y prácticas de género en los centros del poder global.

Entonces, en este artículo invierto el proceso de construcción del conocimiento descrito por Hountondji, habitual en los estudios globales de género, en donde los datos de los países del Sur se utilizan para la máquina productora de teoría del Norte. Así, manejo los datos del Norte y utilizo la perspectiva teórica del Sur acerca del poder global. Conuerdo con Marta Lamas (2011) sobre la importancia de la necesidad de la teoría para el movimiento feminista, pero hago hincapié en que las perspectivas teóricas de importancia ya han surgido desde el mundo colonial y poscolonial (Connell 2015).

El mundo de Davos

En términos de género, ¿cómo podemos entender ahora los puestos de mando (para usar una vieja metáfora) del orden económico y político mundial? Cuando vemos el Foro Económico Mundial de Davos, ¿qué es lo que notamos en este contexto? Cuando nos enfocamos en las operaciones militares, la resistencia mundial, el terrorismo y las negociaciones de paz, ¿qué vemos al respecto? Cuando nos detenemos en las frecuentemente invocadas fuerzas del mercado mundial, ¿qué hay en relación con los términos de género?

En la economía global la forma de organización dominante es la empresa transnacional (TNC). Este es un buen lugar para empezar a pensar en el género, y no sólo en las mujeres.

En un discurso dictado en octubre de 2014 ante el Foro Mundial de Inversiones Phumzile Mlambo-Ngcuka, Directora Ejecutiva de ONU Mujeres, explicó que las transnacionales podrían hacer mucho para el empoderamiento de la mujer (ONU Mujeres 2014). Sin embargo, no tomó en cuenta la naturaleza del poder dentro de las empresas transnacionales y puede que haya sido lo mejor, ya que, casi en su totalidad, los altos directivos son hombres.

Existe amplia evidencia del profundo carácter de género de las corporaciones en el Norte global (Cockburn 1991, Cheng 1996), a la que hay que añadir los estudios de los directivos y las élites de otras partes del mundo (Olavarría, 2009). Las empresas transnacionales tienen divisiones de trabajo por género. Emplean a un gran número de mujeres como mano de obra en la industria ligera de las fábricas, en las oficinas y en el área de ventas y servicios y a una gran cantidad de hombres como trabajadores en el área de transportes y combustible, como guardias y policías privados, técnicos y en oficios. Sin embargo, esto presenta una serie de complicaciones, debido a la escala y las operaciones globales.

Juanita Elias' (2008) ilustra este punto de las complejidades en su discusión sobre el sector textil en Malasia, cuya fuerza de trabajo está dividida por género y con salarios muy bajos. La dirección de las fábricas está en manos de hombres locales que utilizan redes familiares y conexiones políticas. Sustentan una ideología de la feminidad dócil y productiva para sus trabajadores. En el plano de la producción en la fábrica, las empresas siguen siendo Tayloristas y autoritarias. La inversión global y el comercio internacional está en manos de los directivos de élite, cuyo mundo de trabajo es muy diferente. Aquí hay una ideología de "trabajo en equipo". De igual forma, en otras industrias las transnacionales funcionan a través de una alianza entre diferentes patrones de masculinidad: aquellos sustentados por los directivos de élite que cuentan con una movilidad global, por lo general de los países exportadores ricos en capital y los patriarcados locales en la periferia global.

Sin embargo, las empresas transnacionales no son las únicas instituciones poderosas que operan globalmente. Los mercados de todo el mundo, incluidos los mercados de capital y los mercados de productos básicos, son capaces de ejercer una enorme presión sobre los sistemas políticos locales por medio de la moneda, el crédito y las estrategias de inversión. Estos mercados son sistemas institucionalizados, altamente tecnificados, con sus propios regímenes de género (por ejemplo, Levin 2001). Están vinculados por sistemas de comunicación transnacionales, que incluyen sistemas de telefonía e informática, principalmente Internet y medios de comunicación globalizada. Establecen vínculos económicos a nivel internacional por medio de los sistemas de transporte a granel que participan en el comercio internacional y que permiten que los Estados establezcan una estrategia neoliberal de "ventaja comparativa", empleando mano de obra móvil, mayoritariamente masculina.

El Estado, como una de las preocupaciones centrales de la estrategia política feminista desde hace mucho tiempo (Eisenstein, 1996), no existe sólo a nivel nacional o local. Hay un Estado internacional, plagado de conflicto, pero cada vez más importante. Esto incluye los sistemas militares y de inteligencia vinculados de las grandes potencias (muchas de ellas conectadas actualmente en la "guerra contra el terror" administrada por los Estados Unidos); es de sobra conocido el fuerte carácter de género de los militares. También hay un Estado civil internacional, que incluye el sistema de las Naciones Unidas y organismos como la OCDE, que proporcionan la coordinación para el régimen de la política neoliberal.

Así, diferentes formas de poder de género entran en contacto en la economía global neoliberal. Como Deniz Kandiyoti (1988) demostró hace mucho tiempo, no estamos tratando con un patriarcado homogéneo a escala global.

II. Los amos de poder: cuatro grupos

Al reconocer que el orden emergente de género a nivel mundial es desigual y variado, no podemos abordar la cuestión de los niveles superiores de poder y esperar encontrar un centro maestro. En esta sección voy a considerar algunas investigaciones sobre los patrones de género entre los cuatro grupos sociales clave, que a todas luces son notables participantes de las relaciones globales de poder, a pesar de que tienen bases diferentes en el terreno institucional que acabamos de esbozar. Al hacer este análisis, comparto la opinión de José Mauricio Domingues (2009) acerca de que podemos tratar la modernidad como una sola, aunque altamente diferenciada civilización global, que puede ser entendida sociológicamente.

Para darles etiquetas de resumen, los grupos a considerar son: 1. los directivos de las empresas corporativas, que dirigen las empresas transnacionales y las grandes instituciones financieras como el Banco Mundial; 2. los oligarcas, poseedores de riqueza extrema familiar o personal; 3. los dictadores, es decir, los controladores de políticos y militares en los Estados autoritarios; y 4. las élites estatales de la metrópoli mundial, los funcionarios (electos y no electos) de los gobiernos neoliberales de Europa occidental y América del Norte. En cada caso plantearé cómo podría entenderse la dinámica de género que generan ellos en el marco de un orden de género global emergente.

Los directivos de las empresas

Al considerar los patrones de género en el nivel superior empresarial, hay que comenzar por el simple hecho de que la inmensa mayoría de los gerentes de élite está conformada por hombres. En 2014 la revista estadounidense de negocios *Fortune* celebró un "máximo histórico" en el porcentaje de mujeres que ocupaban cargos de altos directivos en las 500 mayores empresas transnacionales. Tal cifra fue del 4.8% y cayó al año siguiente. Prácticamente, se trata de un monopolio del género masculino en la élite corporativa transnacional.

No obstante, éste no es el meollo de la cuestión. Lo fundamental es el tipo de masculinidad; es decir, la configuración de las prácticas de género, integradas en el medio de gestión (Kerfoot 1999). En mi investigación con los gerentes de la industria financiera en Australia (Connell 2010), un patrón de masculinidad muy controlador, orientado al trabajo, estaba claramente presente, más evidente aún entre los más allegados a los niveles superiores del poder corporativo. Se presumía la existencia de una esposa que apoyaba al gerente, a veces con una carrera de menor importancia que la de él. Se vislumbraban otros patrones, pero sin constituir una alternativa clara.

Un análisis de una fusión internacional de las empresas financieras en los países escandinavos muestra muy claramente el impacto de los procesos de globalización. Janne Tienari y sus colegas (2005) llevaron a cabo entrevistas con los principales ejecutivos de la empresa fusionada "Scanbank". Casi todos los altos directivos eran hombres, que no mostraron ningún interés en la equidad de género. Suponían que la administración era naturalmente un asunto de hombres, "construido con el modelo de la familia como núcleo y el hombre como sostén". Los investigadores concluyeron que las condiciones de los negocios transnacionales fomentan el discurso de la masculinidad a nivel ejecutivo como competitiva, móvil e impulsada por el trabajo, invalidando el discurso político escandinavo sobre igualdad de género.

Tal vez el indicador más dramático de un ambiente social altamente masculinizado sea el que presenta Judy Wajcman (1999) en su estudio sobre mujeres que ocupan puestos directivos de compañías globales de alta tecnología en la Gran Bretaña. Wajcman descubrió que hay una gran presión sobre estas mujeres para que actúen igual que los hombres, lo cual significa trabajar muchas horas, participar en las guerras de oficina, presionar, a su vez, a sus subordinados y concentrarse en las ganancias. Para poder sobrevivir en ese mundo, estas mujeres tuvieron que reestructurar sus vidas domésticas, de modo que, al igual que los hombres, desatienden responsabilidades tales como el cuidado de los niños, la cocina y demás tareas domésticas.

A nivel descriptivo, estos son los patrones que surgen. Sin embargo, hay que considerar dos puntos cruciales para entender cómo funciona el proceso de la masculinidad de la élite empresarial. En primer lugar, la élite directiva se auto-selecciona. Quienes llegan a la cima son elegidos por los que ya se encuentran allí. Mediante un patrón de "asciendes o te vas", la selección es extrema. No hay piedad para quienes obtienen calificación de bajo rendimiento. Las recompensas, en dinero y prestigio, son cuantiosas para los que ascienden. En las altas esferas los sueldos anuales llegan a decenas de millones de dólares, lo que equivale a los intereses devengados de fortunas de cientos de millones de dólares.

Consecuentemente, la presión para conformarse y aceptar una masculinidad hegemónica definida institucionalmente es enorme. Resulta interesante que la imaginería empresarial creada en los medios de comunicación neoliberales, tales como la revista financiera *The Economist*, enfatice el modelo del "trabajo en equipo" (Hooper, 2000), mientras que las pruebas de rendimiento que realizan las empresas están basadas en la actividad principal de la organización empresarial, que es la de acumular ganancias.

La transnacional moderna, cuando funciona bien, con alianzas patriarcales y mano de obra dividida por sexos, es un motor formidable para captar una parte cada vez mayor del producto social. Posicionadas como monopolios dentro de un mercado nuevo y creciente, la acumulación de riqueza y poder colectivo de estas compañías, tales como IBM, Microsoft y Google, es impresionante.

A su vez, esto implica una conformidad técnica poco visible en el exterior. Éste es el segundo punto clave. Los verdaderos ciborgs de nuestra época son los gerentes transnacionales modernos. Trabajan como parte de una red intranet computarizada que proporciona plantillas prescriptivas para lo que hacen y registran el trabajo para su revisión y auditoría (Connell 2010b). Viajan y trabajan en un ambiente artificial de rascacielos corporativos, jets, hoteles de lujo y limusinas, reuniéndose constantemente con otros de su especie. A nadie sorprende que la revista *The Economist* represente a los gerentes corporativos mediante imágenes de la llamada nueva frontera y de la tecnocracia.

Así, resulta casi cómico el contraste entre el proceso de trabajo real de la gestión empresarial y la retórica neoliberal del individualismo heroico, la innovación y la libertad. Pero no hay nada gracioso, en cambio, cuando se trata del sector que sirve a este mundo masculino, conformado por la mano de obra femenina de sirvientas, recepcionistas, secretarias, asistentes personales, anfitrionas en bares, sexo servidoras de las altas esferas y, en las colonias cerradas que ellos llaman hogar, esposas.

Los oligarcas

En un antiguo debate, que se remonta a la época de la teoría de *La revolución gerencial* de James Burnham (1943), se considera que los gerentes forman una clase en sí mismos, vinculada a los dueños del capital. Sólo que dicha revolución, realmente no ha sucedido. A pesar de que la creciente progresión de las corporaciones creó una fuerza laboral de gerentes, esencial para el capitalismo contemporáneo, no existe una división social o política entre la élite gerencial y los dueños del gran capital (Zeitlin, 1974). División que tampoco sucedió bajo la globalización neoliberal, a pesar de la llegada de los fondos y el establecimiento de las operaciones corporativas en países extranjeros. Las familias inmensamente ricas son aún las que ocupan los altos niveles empresariales (Haseler 2000).

Heredar grandes capitales familiares es una forma muy diferente para formar parte del poder de la élite a ascender a ese nivel a través de una burocracia corporativa, lo cual implica otros mecanismos de género. Por lo general, las grandes fortunas familiares combinan la organización empresarial corporativa de producción a las formas familiares patriarcales. Regularmente, las herencias se dan en la línea masculina y las mujeres son reclutadas como criadoras de próximas generaciones de hombres. (A falta de herederos varones, la herencia puede recaer en una mujer, pero esto es visto como una anomalía.) En general, la familia es tenedora de acciones; es decir, posee suficientes acciones de las empresas del grupo como para controlar los puestos y las decisiones importantes.

Para heredar el negocio, los hijos tienen dos requisitos. El primero es una aptitud básica para la gestión empresarial. Sin ésta, sobrevendría la ruina familiar. Esto fue lo que sucedió en 1990 en Australia, cuando Warwick Fairfax, un joven heredero de la histórica fortuna de los medios de comunicación de su familia, trató de privatizar la empresa y, en tres años, la condujo al colapso.

El segundo requisito para heredar una empresa familiar es saber defenderla contra los muchos depredadores de las grandes fortunas. La extraordinaria investigación realizada por Mike Donaldson y Scott Poynting, *Ruling Class Men (Los hombres de la clase dominante, 2007)*, muestra que hay familias muy ricas que sobreprotegen a sus hijos, física y socialmente. Como una función importante de las escuelas de élite, éstas educan a los niños desde una perspectiva de superioridad social, tratando de endurecer a los muchachos, sobre todo, para fomentar en ellos una masculinidad formidable y dominante. A diferencia de la masculinidad ciborg de los gerentes, esta otra no requiere de gran habilidad técnica o de la integración de las redes intranets corporativas. Para que alguien se ocupe de eso, los muy ricos pueden contratar a otras personas.

El grupo por el cual se volvió a utilizar el término “oligarcas” es el de los nuevos ricos de la Rusia poscomunista. Turbulenta como es, la economía neoliberal crea oportunidades para la rápida acumulación de dinero en una sola vida. Por lo general, esto ocurre mediante el establecimiento de un cuasi monopolio lucrativo o al entrar en el área de finanzas o cuello de botella de la cadena de suministro de una industria importante. Algunos ejemplos que se pueden mencionar son las fortunas de Walton, Zuckerberg y Koch, así como el petróleo, el gas y las fortunas de los medios de comunicación de Rusia. En 2001 un intento de establecer ese tipo de monopolio en el suministro de energía y financiación (Fox 2003) causó el famoso colapso de Enron, que destruyó una de las empresas abanderadas de la "nueva economía" en los EE.UU.

Actualmente, entre los oligarcas más notorios se encuentran los grupos de nuevos ricos que han surgido en los regímenes autoritarios, donde la gran riqueza y el poder del Estado mantienen una relación estrecha. El control de industrias como la del gas ruso o los medios de comunicación chinos requieren de un constante masaje de los contactos políticos en un medio homosocial. Esto implica un amplio y frecuente intercambio de favores, sobornos, citas, derechos y permisos que, no obstante, vuelve vulnerables incluso a los más ricos ante las despiadadas maniobras políticas, tal cual lo demostró de manera impresionante Vladimir Putin al destruir al multimillonario petrolero Jodorkovski, el más prominente de los oligarcas rusos. La actual campaña contra la corrupción lanzada por Xi Jinping en China acentúa este punto. Tales movimientos no eliminan la corrupción –que es una característica estructural del sistema–, pero cambian el equilibrio de poder entre facciones en el grupo gobernante.

Casi ninguna de las grandes fortunas personales fue amasada por mujeres. Esto no tiene que ver con lo que sucede en la cultura de la burocracia corporativa, en donde se les empuja hasta sacarlas del medio. En realidad, hay una mayor diversidad de masculinidades en el mundo oligárquico, desde Steve Jobs hasta Silvio Berlusconi. Sin embargo, de todos modos hay exclusión de género. La rápida construcción de grandes fortunas depende fundamentalmente de una mezcla de apoyo político, crédito financiero y los tratos hechos en medios sociales masculinizados a los que pocas mujeres tienen acceso –excepto en su papel como anfitrionas.

Los dictadores

Los regímenes violentos que tomaron el poder en Uruguay y Chile en 1973 son conocidos como dictaduras cívico-militares, apelativo que nos ofrece una pista útil acerca de las características de los regímenes autoritarios en la era neoliberal, los cuales combinan el dominio de su población mediante una policía militarizada, con la participación civil en las gestiones de Estado y la organización corporativa de una economía orientada a la exportación en el ámbito de los mercados globales. Esta combinación fue lo suficientemente original para convertir al régimen de Pinochet en pionero histórico del neoliberalismo.

Los regímenes poscomunistas de Estados mucho más poderosos, por ejemplo, China desde Deng y Rusia bajo Putin, han seguido, desde diferentes puntos de partida, un modelo similar. Son hombres, exclusivamente, quienes controlan políticamente estos regímenes –aquí el monopolio es más fuerte aún que entre las corporaciones transnacionales. Jiang Qing, la última mujer que tuvo un poder significativo en China (integrante de la llamada “Banda de los Cuatro”), ha sido vilipendiada incesantemente por el régimen post-maoísta.

En menor escala, en el mundo poscolonial hay una sombra dictatorial que produce concentraciones de riqueza comparables a veces con las fortunas de los oligarcas en la metrópoli global. Este modelo involucra al "capitalismo clientelista", en donde los grupos afines al régimen, beneficiarios de las subvenciones y los monopolios, firman acuerdos con empresas transnacionales para la extracción y comercialización de recursos (por ejemplo, Indonesia bajo el dictador militar Suharto: Hadiz y Robinson 2003).

La más notable de todas es la dictadura familiar establecida hace cien años por Ibn Saud en Arabia central. Poseedora de una riqueza increíble, ha aprovechado la ayuda británica y estadounidense para crear un régimen altamente armado, violento, fuertemente controlado y con una agenda ideológica. Los saudíes han financiado la exportación, en todo el mundo musulmán, de la versión wahabí del islam, que es impresionantemente misógina y que mantiene a las mujeres totalmente excluidas de las esferas del poder. Resultó irónico alrededor del mundo que, recientemente, Arabia Saudita intentara obtener la presidencia del Consejo de Derechos Humanos de la ONU. Mas la risa se tornó en amargura cuando el embajador árabe fue nombrado presidente de un panel de expertos en derechos humanos (Brooks-Pollock 2015).

La mayoría de las dictaduras post-coloniales no tiene, en cambio, ese tipo de estabilidad. Algunas razones son reveladas por Achille Mbembe en su brillante estudio *Sobre la poscolonia* (2001), enfocado en el África central, donde algunos grupos gobernantes formados a partir de las élites masculinas de finales de la colonia establecieron sistemas de dominación en base a relaciones de mecenazgo que les permitieron a los gobernantes privilegios económicos y sexuales, al mismo tiempo que les brindaron cierto grado de estabilidad social. Sin embargo, estos regímenes se vieron socavados por el debilitamiento de los términos comerciales y los "programas de ajuste estructural" del Banco Mundial y del FMI. Las élites depredadoras, el aumento de la turbulencia social y la multiplicación de los grupos armados se convirtieron, entonces, en la nueva normalidad, con un desarrollo concentrado en las economías de enclave basadas en acuerdos entre las empresas transnacionales y los caudillos.

Mientras que estas condiciones se mantengan, será imposible crear ningún orden de género estable. Por citar una vieja frase maoísta, el poder de género crece a punta de cañón. El comercio armamentista, especialmente el suministro de armas automáticas ligeras, se convierte en un factor en el orden de género, que nos regresa de vuelta a las fuerzas armadas, parte de la alianza gobernante en todos los regímenes autoritarios.

Sobre la relación entre las fuerzas militares y el género existe una variedad de investigaciones (por ejemplo, Sinclair-Webb 2000). Durante mucho tiempo los ejércitos han utilizado la masculinidad colectiva como una forma de mantener sus fuerzas bajo control ante las terribles tensiones de la guerra. El entrenamiento militar es, en gran medida, un régimen consecuente para la formación de cierto tipo de masculinidad que hace hincapié en obedecer órdenes, en la solidaridad con los compañeros, el miedo a la debilidad y a los signos de feminidad, la disposición de infligir tanto heridas como la muerte y el desprecio por las personas ajenas al grupo. A nadie sorprende que los ejércitos y las fuerzas paramilitares sean máquinas de violación y que produzcan escuadrones de la muerte para la limpieza social. Los oficiales reciben una formación distinta, puesto que los ejércitos necesitan más de un tipo de masculinidad, aunque, finalmente, sean los mismos temas los que permeen en todo el ejército.

No es de extrañar que las dictaduras militares han sido generalmente patriarcales, homofóbicas e impopulares. No obstante, los regímenes de género de algunas fuerzas militares están cambiando, con nuevas tecnologías de vigilancia, el combate y control social, y el reclutamiento de mujeres en países con políticas de igualdad de oportunidades. En la actualidad, se está dando una interesante renegociación de las masculinidades en los niveles directivos de las fuerzas armadas y en la industria privada de "seguridad" (Connell 2013). Esto no sucede aún en el ala militar de las dictaduras civiles y militares.

Las élites neoliberales de Estado

Aunque la ideología neoliberal pretende reducir al sector público, la disminución real es híper selectiva y se refleja sobre todo en los servicios para la clase trabajadora. Los Estados, especialmente aquellos de la metrópoli, siguen siendo los principales centros de poder. No obstante, su reestructuración interna ha causado una reelaboración de las élites estatales. Las burocracias jerárquicas, sujetas a reglas y acompañadas de una ideología de servicio público, han sido sustituidas por una élite establecida bajo contratos muy bien pagados y mediante una ideología de eficiencia y rendimiento. Las nuevas élites están orientadas tanto a los principios del mercado como al servicio público. A esto se le llama "la nueva gestión pública" (Ricucci 2001).

El estudio más esclarecedor sobre este proceso se realizó en los inicios de la era neoliberal, no en el Norte global sino en la Australia de asentamiento colonial. El sociólogo Michael Pusey (1991) mostró cómo la aceptación pública de la política neoliberal fue precedida por una transformación ideológica y profesional de los niveles superiores de la administración pública, instalándose una ideología de mercado, incluso cuando el gobierno en el poder era, al menos en teoría, socialista. Posteriores investigaciones sobre el mismo país mostraron una transformación cada vez más cercana al modelo de gestión corporativa del proceso laboral de los administradores del sector público (Connell 2010b). Fue así como se cambió una forma más antigua de paternalismo burocrático por un patriarcado más fluido, pero también más arbitrario e irresponsable.

Existen múltiples variantes de esta historia. La investigación de Alison Woodward (1996) sobre la Unión Europea, por ejemplo, mostró cómo el intento de crear una burocracia multinacional instaló la dominación masculina y la cultura masculinizada en la nueva organización, como patriarcados nacionales constituidos que se representaron a sí mismos en Bruselas.

El ascenso de Japón al poder económico en los años 60 y 70 del siglo pasado contó con la cooperación cercana de las élites estatales y las élites empresariales, orquestada por el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (el famoso MITI por sus siglas en inglés). Esta fue una burocracia estatal clásica, creada en la década de 1940. Entonces las empresas japonesas eran de carácter burocrático y estaban sujetas a reglas asociadas con el modelo de la masculinidad de gestión del “Saraīman” (término japonés que significa hombre asalariado), y con una cruda división de género en el trabajo entre hombres administradores y mujeres secretarías. No fue sino hasta cerca de fines del siglo, después de un período de estancamiento económico, que la desregulación neoliberal y el cambio organizacional ganaron fuerza en Japón. Simultáneamente, el modelo masculino del asalariado comenzó a cambiar a raíz de las críticas que recibió (Roberson y Suzuki 2003, Taga *et al.* 2011).

Los administradores del Estado controlan las organizaciones del sector público y hacen mucho por determinar sus políticas, pero no lo suficiente por ganar la legitimidad mediante las políticas o las instituciones. Ese papel corresponde a otro grupo de élite, los políticos, que en los países metropolitanos suelen ser los líderes de los partidos. A veces son oligarcas que intentan formar un nuevo partido o apropiarse de uno viejo. Berlusconi, al crear un partido de derecha, que esencialmente era una extensión de sus medios de comunicación y sus compañías de bienes raíces, fue el más exitoso (Ginsborg 2004). En 2016 Trump ha tratado de realizar la misma hazaña en los EE.UU.

Debido al mecanismo electoral / partidista, crucial para la legitimidad en la metrópoli, los políticos forman un grupo más diverso aun que el de los gerentes corporativos, los generales o los herederos de la riqueza. En este grupo se incluyen los líderes de los partidos laboristas o socialistas (Blair, Hollande) y una proporción de mujeres (Thatcher, Merkel) que cuidadosamente se distancian del feminismo.

Por lo general, la necesidad de ganar elecciones en donde las mujeres, como resultado de las luchas feministas del pasado, tienen voz y voto obliga a los principales políticos a cuidarse de expresar descaradamente su misoginia, pero nada los obliga a distribuir recursos para las mujeres. Generalmente, el neoliberalismo redistribuye a los ricos y (a través de la privatización) mueve recursos en los mecanismos de mercado donde los hombres tienen mayor control. No es sorprendente que el movimiento histórico hacia la igualdad salarial entre hombres y mujeres se encuentre estancado. Un régimen individualizado de “igualdad de oportunidades” sin un cambio estructural es el principal resultado de las políticas liberales feministas en la metrópoli.

Reflexiones

Generación tras generación de lucha feminista, aún predominan los hombres en los puestos privilegiados de poder global, manteniendo un monopolio completo en algunos sectores. Aunque reconfiguradas, las formas hegemónicas de la masculinidad todavía forman parte de la autoridad organizativa. En los sectores oligárquicos y de gestión el neoliberalismo produce una alianza específica de la forma hegemónica con el afán de lucro y mantiene una indiferencia despiadada a propósito de las consecuencias que esto puede acarrearles tanto a las personas como al medio ambiente. Esta tendencia tiene en los Estados Unidos una expresión simbólica en la ideología neoliberal del grupo político Tea Party, de los que niegan el cambio climático, y de sus proveedores de fondos, multimillonarios todos, como los hermanos Koch.

No se trata de que la masculinidad como tal esté lógicamente ligada, ya sea con los fines lucrativos o con la ética en el congelador y la crueldad institucionalizada del neoliberalismo. Como Raúl Prebisch (1982) sostuvo hasta el final de su vida, la ética es fundamental en el pensamiento sobre la economía global. Existieron y, de hecho, todavía existen versiones paternalistas de la masculinidad de élite. No obstante, hoy día estas versiones encuentran su expresión en la “filantropía” corporativa –con la prerrogativa de la empresa de escoger y elegir causas, lo cual es fuertemente evidente en la Fundación Gates. Tales fundaciones filantrópicas no encarnan ningún compromiso con un estado de bienestar institucional ni con la seguridad laboral de los trabajadores o la redistribución de la riqueza y el poder hacia las mujeres.

La conexión práctica entre las masculinidades de élite y el neoliberalismo tiene mucho que ver con el carácter colectivo de ánimo de lucro en la era neoliberal. En total contradicción con la ideología del individualismo, el proceso real de trabajo en industrias como el petróleo (fundamento de la fortuna Koch) o la tecnología de la información (base de la fortuna de Gates) implica una operación estrechamente coordinada de mucha mano de obra.

Una generación atrás, el sociólogo alemán Claus Offe (1976) demostró la falsedad de la doctrina que afirma que el ingreso refleja las contribuciones individuales que se hacen a las ganancias. En el trabajo colectivo de la gran corporación moderna no hay una manera *racional* para medir las contribuciones individuales. Las pseudomediciones realizadas reflejan, en parte, la costumbre ocupacional, en parte, el poder de organización –a lo que la investigación feminista ha añadido que, en parte, también reflejan la construcción de género sobre el “mérito” (Burton *et al.*, 1987). En la era neoliberal, que tiene un nivel más alto de mediación tecnológica de la producción, este argumento es aún más fuerte, fuerza que se manifiesta en el proceso de trabajo colectivizado tipo cyborg que realizan los directores de empresas; no obstante que son ellos, precisamente, quienes se benefician más directamente del mito de los logros individuales para justificar sus enormes ingresos.

Mas el carácter de las masculinidades de élite tiene que ver también con la heterogeneidad del flujo de los beneficios en el neoliberalismo global. A diferencia de los modelos de sistemas del marxismo y la economía neoclásica, la economía global contemporánea no tiene un mecanismo central de la explotación ni la determinación del ingreso o la acumulación. En contraste con las explicaciones más influyentes de los especialistas del Norte (por ejemplo Dumenil y Levy, 2004), no podemos entender el neoliberalismo como el resultado de la crisis del sistema en el Norte global. Incluso, en el limitado terreno de los cuatro grupos de élite descritos anteriormente, existen otras lógicas que producen grandes acumulaciones de riqueza, como la industria extractiva sostenida por la violencia, la explotación en masa de la mano de obra de fábrica, la mercantilización de los bienes públicos que anteriormente pertenecían al Estado, la posición de monopolio en un nuevo mercado y el control de los cuellos de botella en la comunicación y el transporte.

La consecuencia inmediata es una gran necesidad de la integración transnacional y la coordinación de los flujos heterogéneos de ganancias y formas de riqueza. De ahí la expansión de las actividades bancarias, de crédito, seguros, cobertura, comercio de divisas y de titulización. La muy discutida “financiarización” del capitalismo se refiere fundamentalmente a las transformaciones de una forma de ganancias en otra. De ahí también la expansión del Estado internacional: organismos como el FMI y la OCDE, y los aparatos vinculados de seguridad y vigilancia.

Si pensamos en estos mecanismos y organismos como los que definen un medio social de género, la continua preocupación de las masculinidades de élite por el poder se vuelve comprensible. El poder de la élite no funciona simplemente por mando vertical sino que combina el mando y el conocimiento técnico con la capacidad de negociar de forma lateral, hacer tratos y construir alianzas. Esa es la combinación que vemos en los CEOs transnacionales más notables.

Y aquí volvemos a la cuestión inicial de este documento: la dimensión global del género. La profundización de la economía global lograda por el neoliberalismo (aumento masivo del comercio de material a larga distancia e integración financiera), sumada a la creación de las instituciones transnacionales (empresas, Estado, comunicación, mercado), ha establecido una capacidad cada vez mayor para movilizarse extraterritorialmente. Esto no sólo significa poder cambiarse de una base nacional a otra, sino cambiarse a otra clase de geometría en la que no existe una base nacional en absoluto.

Tal vez la primera manifestación de esta capacidad fue la aparición del mercado de eurodólares en las décadas 50 y 60 del siglo pasado. Los depósitos en dólares en bancos fuera de los EE.UU. y, por lo tanto, fuera del control de las autoridades financieras de ese país, convirtieron al dólar en la moneda internacional de facto para el comercio y las finanzas mundiales.

No obstante, este proceso tiene múltiples variantes. Las empresas transnacionales, que originalmente son el resultado de las operaciones de las empresas nacionales en el extranjero, manipulan los precios de transferencia y reubican sus ganancias para evadir impuestos. Algunas trasladan el lugar de registro para eludir otro tipo de regulaciones y, actualmente, la mayoría financia sus operaciones por medio de préstamos y aumentos de capital desde muchos países a la vez. Sus altos directivos viajan continuamente. Sus intranets corporativas se han trasladado a un ciberespacio sin nacionalidad que, por cortesía de los satélites de comunicaciones, es accesible en la mayor parte del mundo. Si se les busca en la Red puede que ni siquiera se obtenga una dirección física de la empresa, sólo números telefónicos o direcciones de Internet. En cierta manera, parece que el concepto de oficina central ya no existe más.

Por supuesto, ésta no es una verdad absoluta. Incluso los gerentes necesitan lugares para descansar, y hogares y escuelas para sus esposas e hijos. Aunque Saskia Sassen (2000) señala la desterritorialización del poder, también reconoce los lugares centrales en donde se concentra la gestión transnacional. Existe una gradiente entre el poder localmente asentado y el que, notablemente, se encuentra en el extranjero.

Sea cual sea dicha gradiente, es importante pensar en las implicaciones del proceso de deslocalización para las relaciones de género. Así como este mecanismo mantiene las ganancias fuera del control de las autoridades fiscales de cada nación, también, cada vez más, mueve a las personas poderosas lejos de la influencia de los regímenes locales de género, cultura y política. Un ejemplo notable lo encontramos en los ejecutivos de la empresa Scanbank: el feminismo es importante en los países escandinavos, pero dentro de la banca internacional sencillamente no existe.

La deslocalización para evadir zonas con altos impuestos es otra característica importante del poder de género global. Hay conflictos endémicos entre los diferentes grupos de la élite mundial. Algunos se deben a la cuestión de los impuestos, otros al territorio (Crimea, Islas Senkaku), al espionaje cibernético, a la agenda de derechos humanos, a la política climática. Desde la década de 1970 ha habido intentos de coordinar a estos grupos, como cuando los Rockefeller financiaron la "Comisión Trilateral" para vincular a las empresas, al gobierno y a las élites intelectuales en los EE.UU., Japón y Europa occidental (Sklar 1980). Más recientemente, la OCDE ha investigado y coordinado las políticas entre los estados neoliberales ricos y las reuniones del Foro Económico Mundial en Davos también han proporcionado un espacio de discusión para las élites empresariales y estatales.

A nivel práctico y a escala mundial, ninguno de estos intentos ha logrado un mecanismo robusto de colaboración. De ninguna manera, hablar de una élite mundial significa que exista un consenso y un acuerdo cultural. La tensión y la querrela son normales. No podemos suponer que en esos niveles haya un orden de género estable o una hegemonía establecida. Existe, en el mejor de los casos, una convergencia de grupos que encarnan diferentes formas de patriarcado y, que en el contexto de la economía global neoliberal, se ven obligados a negociar entre sí. En este medio no hay una sola masculinidad hegemónica.

Sin embargo, existen intereses compartidos. Por encima de todo, el de la preservación del orden institucional, que hace posible la concentración de las ganancias y la salvaguarda de las fortunas. Es decir, todos estos grupos poseedores del poder buscan mantener el aparato de la propiedad privada, el sistema de cumplimiento de Estado, el mecanismo corporativo de la producción y el sistema internacional de la circulación y las finanzas.

No resulta nada agradable la defensa de este aparato institucional en contra de las resistencias y oposiciones que genera el orden neoliberal (Gutiérrez y Schönwälder 2010). Esto implica la vigilancia militarizada de las fronteras geográficas y sociales, lo cual conlleva expediciones de castigo y ocupaciones que inhabilitan cualquier estado de derecho. El tratamiento de choque que establece a los regímenes neoliberales crea zonas liminares en las que la criminalidad de los poderosos florece. La invasión estadounidense de Irak es un ejemplo de las secuelas de una de estas expediciones punitivas al mundo colonial (Whyte 2007).

La legitimidad de este orden institucional nunca ha sido total. En las generaciones anteriores fue cuestionado por los movimientos de los trabajadores y las insurgencias coloniales, que imaginaban mundos sociales alternativos. En gran medida, estos movimientos han sido derrotados o incorporados por una combinación de brutalidad, sobornos y de la fragmentación que abunda en la historia reciente de la humanidad. La batalla de la política electoral de la metrópoli ahora se libra dentro de una élite neoliberal, que, cuando más, ofrece sólo un énfasis alterno dentro de la economía corporativa. Ningún otro grupo social tiene la oportunidad de llegar al poder legítimamente.

En la era neoliberal la rabia que impulsó a los movimientos socialistas y anticoloniales permanece viva. Las condiciones de pobreza masiva, la cada vez mayor desigualdad y el desarrollo truncado han creado grandes revueltas culturales en torno a la masculinidad (Ghoussoub 2000). Con la muerte de las esperanzas por la igualdad, expresadas históricamente en el *Pantjasila* de Indonesia, en la constitución de Ambedkar de la India, en la revolución campesina de China, en CEPAL, en el socialismo árabe y a través del triunfo del Congreso Nacional Africano, han surgido otras formas de oposición que no son igualitarias.

Aquí es donde entran los Kalashnikovs. Creado por un equipo de diseño del estado, en el que se incluyó a un sargento del Ejército Rojo oficialmente reconocido, el AK-47 era un fusil automático sencillo, resistente y extremadamente fiable; un arma de infantería que nunca ha sido superada. Producida masivamente para reequipar al mayor ejército del mundo, y a los satélites y aliados de la URSS, y después para inundar el mercado internacional de armas y convertirse en el símbolo de la insurgencia, después de setenta años se estima que en el planeta hay 100 millones de AK-47 o de sus variantes. Entretanto, la industria armamentista de Estados Unidos estaba produciendo su propio flujo de armas personales para suministrar a las fuerzas militares, a los particulares y al tráfico de drogas.

Entre estos dos flujos, complementados desde otros lugares, se ha vuelto fácil para los movimientos insurgentes y los ejércitos privados estar bien armados. La turbulencia social, la pobreza masiva, la desesperación que ha generado el tráfico internacional de drogas, la militancia fundamentalista y los movimientos separatistas y nacionalistas se han convertido en cuestiones cada vez más letales. No es de extrañarse que el Estado estadounidense transitara, durante una sola generación, de una guerra contra la pobreza a una guerra contra las drogas y de ahí a una guerra contra el terrorismo.

Como lo denotan los estudios sobre la violencia interpersonal (Tomsen 1997), la dinámica de la globalización neoliberal ha generado oposición y conflictos que, en términos de género, se convierten en retos a la masculinidad, proyectándose en una escala cada vez más grande y en contextos donde las armas militares se apuntan en contra de objetivos civiles para proteger las estrategias de los protagonistas. Para aclarar este punto, las elites globales se enfrentan cada vez más con una serie de masculinidades opuestas y dispersas que trabajan en formas novedosas y que tienen pocas inhibiciones acerca de la violencia misma, como el Estado Islámico o Los Zetas.

Para organizar los secuestros de niñas, los atentados suicidas, el femicidio, las decapitaciones y la adicción en masa, no sólo hace falta una masculinidad orientada hacia el poder, sino una cultivada falta de sensibilidad. Aquella falta de sensibilidad que se necesita para realizar los ataques de aviones teledirigidos, los despidos masivos, los programas de ajuste estructural, los armamentos nucleares y la implacable destrucción de nuestro medio ambiente. Una vez que le pidieron a Mahatma Gandhi su opinión sobre la civilización occidental, él respondió: "Sería una buena idea".

Referencias

Agarwal, B. (1994). *A Field of One's Own: Gender and land rights in South Asia*. (Un terreno propio: género y derechos a la tierra en Asia del Sur.) Cambridge: Cambridge University Press.

- Bose, C. E. & M. Kim (comps.) (2009) *Global Gender Research: Transnational Perspectives*. (Perspectivas transnacionales en la investigación global de género.) New York: Routledge.
- Brooks-Pollock, T. (2015). Anger after Saudi Arabia 'chosen to head key UN human rights panel'. (Rabia luego de "la selección de la Arabia Saudí a la cabeza del panel de la ONU sobre los derechos humanos".) *The Independent*. <http://www.independent.co.uk/news/world/anger-after-saudi-arabia-chosen-to-head-key-un-human-rights-panel-10509716.html> Fecha de acceso: 8 de febrero de 2016
- Bulbeck, C. (1998.) *Re-orienting Western Feminisms: Women's Diversity in a Postcolonial World*. (La re-orientación de los feminismos de Occidente: la diversidad de las mujeres en un mundo poscolonial.) Cambridge: Cambridge University Press.
- Burnham, J. (1943). *The Managerial Revolution: Or What is Happening in the World Now*. (La revolución gerencial: o qué está pasando en el mundo hoy.) London: Putnam.
- Burton, C. (1987). *Women's Worth: Pay Equity and Job Evaluation in Australia*. (El valor de las mujeres: equidad de pago y evaluación laboral en Australia.) Canberra: Australian Government Printing Service.
- Cheng, C. (comp.) (1996). *Masculinities in Organizations*. (Masculinidades en las organizaciones.) Thousand Oaks: Sage.
- Cockburn, C. (1991). In *the Way of Women: Men's Resistance to Sex Equality in Organizations*. (A la manera de las mujeres: la resistencia de los hombres a la igualdad de género en las organizaciones.) London: Macmillan.
- Connell, R. (2010a). Im Innern des gläsernen Turms: Die Konstruktion von Männlichkeiten im Finanzkapital. *Feministische Studien*, 28 (1): 8-24.
- Connell, R. (2010b). Building the neoliberal world: managers as intellectuals in a peripheral economy. (La construcción del mundo neoliberal: los gerentes como intelectuales en una economía periférica.) *Critical Sociology*, vol. 36 no. 6, 777-792.
- Connell, R. (2013). Embodying serious power: managerial masculinities in the security sector. (La incorporación del poder en serio: masculinidades gerenciales en el sector de la seguridad.) En Jeff Hearn, Marina Blagojevic and Katherine Harrison, ed., *Rethinking Transnational Men: Beyond, Between and Within Nations*. (Repensar a los hombres transnacionales: más allá de, entre y adentro de las naciones) (pp. 45-58). New York: Routledge.
- Connell, R. (2014). Rethinking gender from the South. (Repensar el género desde el Sur) *Feminist Studies*, 40 (3): 518-539.
- Connell, R. (2015). Meeting at the edge of fear: theory on a world scale. (Encuentros a la orilla del miedo: la teoría a escala mundial.) *Feminist Theory* 16 (1): 49-66.

- Cruz Sierra, S. (comp.) (2013). *Vida, muerte y resistencia en Ciudad Juárez: Una aproximación desde la violencia, el género y la cultura*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte; México D. F.: Juan Pablos Editor.
- Domingues, J. M. (2009). Global modernization, 'coloniality' and a critical sociology for contemporary Latin America. (La modernización global, la "colonialidad" y una sociología crítica para la América Latina contemporánea.) *Theory, Culture & Society* 26 (1): 112-133.
- Donaldson, M. & S. Poynting. (2007). *Ruling Class Men: Money, Sex, Power*. (Los hombres de la clase dirigente: dinero, sexo y poder.) Bern: Peter Lang.
- Duménil, G. & D. Lévy. (2004) *Capital Resurgent: Roots of the Neoliberal Revolution*. (El capital reemergente: las raíces de la revolución neoliberal.) Cambridge MA: Harvard University Press.
- Eisenstein, H. (1996) *Inside Agitators: Australian Femocrats and the State*. (Militantes desde adentro: las femócratas australianas y el Estado.) Sydney: Allen & Unwin.
- Eisenstein, Z. R. (comp.). (1979). *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*. (El patriarcado capitalista y el caso en pro del feminismo socialista.) New York: Monthly Review Press.
- Elias, J. (2008). Hegemonic masculinities, the multinational corporation, and the developmental state: constructing gender in 'progressive' firms. (Masculinidades hegemónicas, la corporación multinacional y el estado de desarrollo: la construcción de género en las empresas "progresistas".) *Men and Masculinities*. (Los hombres y las masculinidades.) 10 (4):405-421.
- Fox, L. (2003). *Enron: The Rise and Fall*. (Enron: El ascenso y la caída.) Hoboken: Wiley.
- Ghousoub, M. (2000). Chewing gum, insatiable women and foreign enemies: male fears and the Arab media. (El chicle, las mujeres insaciables y los enemigos extranjeros: los miedos masculinos y la media árabe.) En M. Ghousoub & E. Sinclair-Webb, (comps.), *Imagined Masculinities: Male Identity and Culture in the Middle East*. (Masculinidades imaginadas: Identidad y cultura en el Medio Oriente) (pp. 227-235). London: Saqi Books.
- Ginsborg, P. (2004). *Silvio Berlusconi: Television, Power and Patrimony*. (Silvio Berlusconi: televisión, poder y patrimonio.) London: Verso.
- Gutiérrez Sanín, F. & Schönwälder, G. (comps.) (2010). *Economic Liberalization and Political Violence*. (Liberalización económica y violencia política.) London & New York: Pluto Press.
- Hadiz, V.R. & Robison, R. (2003). *Neo-Liberal Reforms and Illiberal Consolidations: The Indonesian Paradox*. (Reformas neoliberales y consolidaciones no-liberales: la paradoja de Indonesia.) Working Paper, Southeast Asia Research Centre No. 52, City University of Hong Kong.
- Harding, S. 2008. *Sciences from Below: Feminisms, Postcolonialities, and Modernities*. (Las ciencias desde abajo: feminismos, pos-colonialidades y modernidades.) Durham: Duke University Press.

- Haseler, S. (2000). *The Super-Rich: The Unjust New World of Global Capitalism*. (Los súper-ricos: el nuevo mundo injusto del capitalismo global.) London: Macmillan.
- Hooper, C. (2000). *Masculinities in transition: the case of globalization*. (Masculinidades en transición: el caso de la globalización) En M. H. Marchand & A. S. Runyan (comps.), *Gender and Global Restructuring* (Género y reestructuración global.) (pp. 59-73). London: Routledge.
- Hountondji, P. J. (1997). *Introduction: Recentring Africa*. (Introducción: Re-centrar al África.) En Paulin J. Hountondji (comp.), *Endogenous Knowledge: Research Trails* (pp. 1-39). Dakar; CODESRIA.
- Kandiyoti, D. (1988). *Bargaining with patriarchy*. (Regatear con el patriarcado.) *Gender and Society* 2 (3): 274-289.
- Kerfoot, D. (1999). *The organization of intimacy: managerialism, masculinity and the masculine subject*. (La organización de la intimidad: gerencialismo, masculinidad y el sujeto masculino.) En S. Whitehead & R. Moodley (comps.), *Transforming Managers: Gendering Change in the Public Sector* (Transformar a los gerentes: cambios de género en el sector público) (pp. 166-183). London: UCL Press.
- Lamas, M. (2011). *Feminism: Transmissions and Retransmissions*. (Feminismo: transmisiones y retransmisiones.) New York: Palgrave Macmillan.
- Levin, P. (2001). *Gendering the market: temporality, work and gender on a national futures exchange*. (Género en el mercado: la temporalidad, el trabajo y el género en una bolsa nacional de futuros.) *Work and Occupations* 28 (1): 112-130.
- Lugones, M. (2007). *Heterosexism and the colonial/modern gender system*. (Heterosexismo y el sistema de género colonial/moderno.) *Hypatia* 22 (1): 186-219.
- Mama, A. (1997). *Sheroes and villains: Conceptualizing colonial and contemporary violence against women in Africa*. (Heroínas y villanos: la conceptualización de la violencia colonial y contemporánea contra la mujer en África.) En M. J. Alexander & C. T. Mohanty (comp.), *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures* (Genealogías feministas, herencias coloniales, futuros democráticos) (pp. 46-62). New York: Routledge.
- Mbembe, A. (2001). *On the Postcolony*. (Sobre la poscolonia.) Berkeley: University of California Press.
- Mohanty, C. T. (2003). *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. (Feminismo sin fronteras: decolonizar la teoría, practicar la solidaridad.) Durham: Duke University Press.
- Moreton-Robinson, A. (2000). *Talkin' Up to the White Woman: Indigenous Women and Feminism*. (Replicar a la mujer blanca: las mujeres indígenas y el feminismo.) St. Lucia: University of Queensland Press.
- Nandy, A. (1983). *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under Colonialism*. (El enemigo íntimo: pérdida y recuperación del ser bajo el colonialismo.) New Delhi: Oxford University Press.

- Naples, N. and M. Desai (comps.) (2002). *Women's Activism and Globalization: Linking Local Struggles and Transnational Politics*. (El activismo de las mujeres y la globalización: la vinculación de las luchas locales con la política transnacional.) New York: Routledge.
- Offe, C. (1976). *Industry and Inequality: The Achievement Principle in Work and Social Status*. (Industria y desigualdad: el principio del logro en el trabajo y el estatus quo social.) London: Edward Arnold.
- Olavarría, José (comp.) (2009). *Masculinidades y globalización: Trabajo y vida privada, familias y sexualidades*. Santiago: Red de Masculinidad/es Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano y CEDEM.
- Prebisch, R. (1982). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pusey, M. (1991) *Economic Rationalism in Canberra: A Nation-Building State Changes its Mind*. (El racionalismo económico en Canberra: cambia de opinión un estado en proceso de construir una nación.) London: Cambridge University Press.
- Riccucci, N. M. (2001). The "old" public management versus the "new" public management: Where does public administration fit in? (La administración pública "vieja" contra la administración pública "nueva": ¿Dónde cabe la administración pública? *Public Administration Review* 61 (2): 172-175.
- Roberson, J. E. & N. Suzuki (comps.) (2003). *Men and Masculinities in Contemporary Japan: Dislocating the Salaryman Doxa*. (Hombres y masculinidades en el Japón contemporáneo: desplazar la doxa del asalariado.) London: RoutledgeCurzon.
- Saffioti, H. I. B. (1978 [1969]). *Women in Class Society [A mulher na sociedade de classes]*. New York: Monthly Review Press.
- Sassen, S. (2000). Territory and territoriality in the global economy. (Territorio y territorialidad en la economía global.) *International Sociology* 15 (2): 372-393.
- Sinclair-Webb, E. (2000). 'Our Bülent is now a commando': military service and manhood in Turkey. ("Nuestro Bülent ahora es un comando": el servicio militar y la virilidad en la Turquía.) In M. Ghousoub and E. Sinclair-Webb (comps.), *Imagined Masculinities: Male Identity and Culture in the Middle East*. (Masculinidades imaginadas: Identidad y cultura en el Medio Oriente) (pp. 65-92). London: Saqi Books.
- Sklar, H. (1980). *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*. (El trilateralismo: la comisión trilateral y la planificación de élite para la gestión mundial.) Boston: South End Press.
- Taga F., Higashino M., Sasaki M. & Murata Y. (2011). *Changing Lives of Salarymen*. (Las vidas cambiantes de los asalariados.) Kyoto: Mineruvashobo.
- Tienari, J., A.-M. Söderberg, C. Holgersson and E. Vaara. (2005). Gender and national identity constructions in the cross-border merger context. (Construcciones de género e identidad nacional en el contexto de fusión transfronteriza.) *Gender, Work & Organization* 12 (3): 217-241.

- Tomsen, S. (1997). A top night: social protest, masculinity, and the culture of drinking violence. (Una noche óptima: protesta social, masculinidad y la violencia de la cultura del beber.) *British Journal of Criminology* 37 (1): 90-103.
- UN Women. (2014). Mlambo-Ngcuka al Foro Mundial de la Inversión en Geneva, Suiza, 14 de octubre de 2014. <http://www.unwomen.org/en/news/stories/2014/10/ed-speech-world-investment-forum-geneva#sthash.4Vlq4IDA.dpuf> . Fecha de acceso: 8 February 2016.
- Vieira de Jesus, D. S. (2011). Bravos novos mundos: uma leitura pós-colonialista sobre masculinidades ocidentais. *Estudos Feministas* 19 (1): 125-139.
- Wajcman, J. (1999). *Managing like a Man: Women and Men in Corporate Management*. (Dirigir como un hombre: mujeres y hombres en la gestión empresarial.) Cambridge: Polity.
- Whyte, D. (2007). The crimes of neo-liberal rule in occupied Iraq. (Los crímenes del régimen neoliberal en el Iraq ocupado.) *British Journal of Criminology* 47: 177-195.
- Woodward, A. E. (1996). Multinational masculinities and European bureaucracies. (Las masculinidades multinacionales y las burocracias europeas.) En D. L. Collinson & J. Hearn (comps.), *Men as Managers, Managers as Men* (Hombres como gerentes, gerentes como hombres) (pp. 167-185). London: Sage.
- Zeitlin, M. (1974). Corporate ownership and control: the large corporation and the capitalist class. (Propiedad y control corporativos: las grandes corporaciones y la clase capitalista.) *American Journal of Sociology* 79 (5): 1073-1119.